

Literatura de librerías. Cuatro novelas que tratan y retratan a las librerías

Bookstore Literature. Four Novels That Treat and Portrait Bookstores

Biblioteca Universitaria, vol. 26, núm 2, julio-diciembre 2023, pp. 248-254.
DOI: <http://dx.doi.org/10.22201/dgbsdi.O187750xp.2023.2.1518>

Palabras Clave:

Librerías, relato, novela, editorial, ciudad.

Keywords:

Bookstores, story, novel, publisher, city.

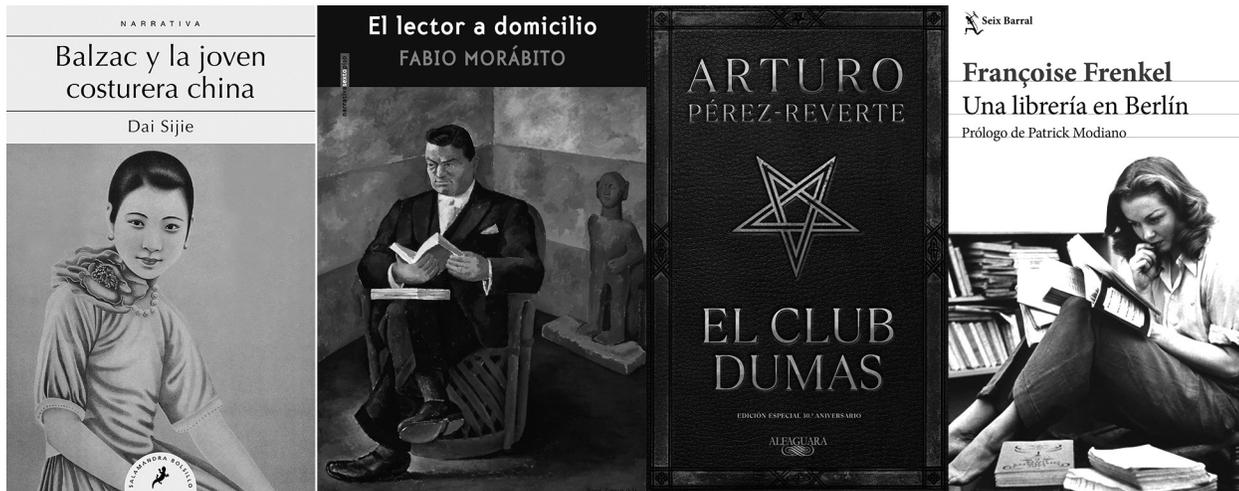
RESUMEN

Cuatro novelas: 1. *Balzac y la joven costurera china* de Dai Sijie, 2. *El lector a domicilio* de Fabio Morabito, 3. *El Club Dumas* de Arturo Pérez-Reverte y 4. *Una librería en Berlín* de Françoise Frenkel, narran la existencia y vida de la librería. La librería es una en concepto y múltiple en forma, se encuentra ubicada geográficamente distantes entre sí y con tratamiento narratológico distinto. En un caso el relato apenas la menciona, en otros aparece como fotografías para soportar la anécdota y en una más es epicentro ficcional. Lo que vemos aquí es la presencia de la librería como un fenómeno editorial y una manera de hacer literatura. En ese sentido, el presente documento explora algunas maneras y posibilidades que esta forma narrativa ofrece, dejando entrever líneas de estudio.

ABSTRACT

Four novels: 1. *Balzac y la joven costurera china* by Dai Sijie, 2. *El lector a domicilio* by Fabio Morabito, 3. *El Club Dumas* by Arturo Pérez-Reverte and 4. *Una librería en Berlín* by Françoise Frenkel, narrate the existence and life of the bookstore. The bookstore is one in concept and multiple in form, located geographically distant from each other and with different narratological treatment. In one case the story barely mentions it; in others, it appears as photographs to support the anecdote; and, in another, it is the fictional epicenter. What we see here is the presence of the bookstore as a publishing phenomenon and a way of making literatura. In this sense, this document explores some of the ways and possibilities that this narrative form provides, offering glimpses of study lines.

- 1 SIJIE, Dai. 2000. *Balzac y la joven costurera china*. Traducción de francés Manuel Serrat Crespo, Salamandra, España.
- 2 MORABITO, Fabio. 2018. *El lector a domicilio*. Sexto Piso, México.
- 3 PÉREZ-REVERTE, Arturo. 2014. *El Club Dumas*. Punto de lectura, México.
- 4 FRENKEL, Françoise. 2017. *Una librería en Berlín*. Traducción de Adolfo García Ortega, Seix Barral, España.



Relato primero

Luo enamoró a la princesa de la montaña del Fénix del Cielo con narraciones de películas y ficciones guardadas en libros escondidos en una maleta secreta. Los entresijos geográficos de la historia los detalla Cai Sijie (China, 1954) en *Balzac y la joven costurera china*, donde el escenario es la amplia región de Yong Jing, próxima a los linderos del Tíbet, conformada por un extenso valle y menguadas y dispersas aldeas. Temporalmente, la anécdota se ubica entre las décadas de 1960 y 1970, en pleno liderazgo de Mao Zedong (China, 1893-1976) cuando la Revolución Cultural emprendía su utopía marxista-leninista aguijoneando a los libros con la censura, el expurgo y la destrucción. De forma sucinta, puede decirse que se trata de una narración uniforme con saltos esporádicos, de ambiente provinciano con acentos del tipo policiaco y complicaciones suaves, resueltas por el entusiasmo juvenil de los personajes.

En este escenario destacan un par de referencias a las librerías. Son recuerdos donde el narrador, en primera persona, acude a ellas con tono nostálgico. En la primera, revela que:

A la edad en la que por fin habíamos podido leer de corrido, no quedaba ya nada para leer. Durante varios años, en la sección de «literatura occidental» de todas las librerías sólo había obras completas del dirigente comunista albanés Enver Hoxaa, en cuyas cubiertas doradas se veía el retrato de un anciano con corbata de colores chillones, el pelo gris impecablemente peinado, que te clavaba, bajo sus párpados entornados, un ojo izquierdo marrón y un ojo derecho más pequeño que el izquierdo, menos marrón y provisto de un iris rosa pálido (Sijie 2000, 58).

En la segunda, al dibujar el plano de Yong Jing, centro neurálgico de la región donde habitaban apenas dos mil personas, se traza una ciudad con «una sola calle, de unos doscientos metros, en la que estaban el ayuntamiento, la oficina de correos, una tienda, una librería, un instituto y un restaurante, detrás del cual había un hotel de doce habitaciones. Al salir de allí, agarrado a la ladera de una colina, se hallaba el hospital del distrito» (Sijie 2000, 87).

Ambas imágenes sucintan un escenario ceniciento, lúgubre y paradójicamente rutilante, milagroso. Por un lado, librerías vacías con estantes en abandono, de reducida oferta que descorazona a los lectores. Por el otro, como signo de modernidad y estabilidad social, en correspondencia a un sitio de alivio, como el hospital; de comunicación, como la oficina de correos; de conocimiento, como el instituto; de esparcimiento, como el restaurante; de descanso, como el hotel, y de sanación, como el hospital. Este desierto bibliográfico no impidió que los jóvenes personajes descubrierán la literatura, en este caso a *Úrsula Mirouët*¹ de Balzac, donde el narrador invita a imaginar:

a un joven virgen de diecinueve años, que dormitaba aún en los limbos de la adolescencia y sólo había conocido la cháchara revolucionaria sobre el patriotismo, el comunismo, la ideología y la propaganda. De pronto, como un intruso, aquel librito me hablaba del despertar del deseo, de los impulsos, de las pulsiones, del amor, de todas esas cosas sobre las que el mundo, para mí, había permanecido hasta entonces mudo (Sijie 2000, 64).

Relato segundo

Dos elementos serán el motor narratológico en *El lector a domicilio* de Fabio Morabito. Por un lado, la sentencia que debe cumplir Eduardo de hacer servicio comunitario, pues ha cometido algún delito menor del que nada sabemos. El juez le impuso por sentencia acudir a leer a siete hogares de personas jubiladas o enfermas. A pesar de su voz seductora y educada, como de locutor de la década de 1970 —quiero imaginar—, no alcanza a interesarse en las narraciones que comparte, pues hace la lectura monótona, maquinal, casi robótica, convirtiendo la actividad en una real pena impuesta. Por el otro, el susurro permanente de un poema de Isabel Freire (México, 1934–2015) que el personaje principal tendrá como *leitmotiv* para reforzar una duda del presente, alimentada por el pasado de su padre muerto. El verso es el siguiente:

Tu piel, como sábanas de arena y sábanas de agua en remolino
tu piel, que tiene brillos de mandolina turbia
tu piel, a donde llega mi piel como a su casa
y enciende una lámpara callada
tu piel, que alimenta mis ojos
y me pone mi nombre como un vestido nuevo
tu piel que es un espejo en donde mi piel me reconoce
y mi mano perdida viene desde mi infancia y llega hasta
el momento presente y me saluda
tu piel, en donde al fin
yo estoy conmigo (Morabito 2018, 32).²

El *recit* de *El lector a domicilio* de apoco se enturbia; va de la monotonía y el hastío en la ciudad que tiene pacto eterno con la primavera, a la corrupción donde la violencia y el crimen organizado, roban

1 *Úrsula Mirouët* de Honoré de Balzac (Francia, 1799–1850). Novela escrita por el francés en 1841 como parte de *La Comédie humaine*, que pretendía abrazar 137 historias que retratasen a profundidad la sociedad francesa de la época. El personaje de *Úrsula Mirouët* es pintado de forma amorosa, con preciosura poética que la desenvuelve en planos terrenales e incorpóreos.

2 El poema fue publicado originalmente en *El corno emplumado*, revista, número 27, julio de 1968.

la paz, el dinero y los anhelos a la sociedad. En medio de la *historie* una librería de viejo aparece (Genet 1970, 133–150).³ Eduardo recuerda:

que no lejos de ahí había una sucursal de la Casa del libro. Cuando llegué me sorprendió el cambio que había sufrido el lugar. La que había sido una verdadera librería, ahora era una mixtura de revistas, textos escolares y adornos para el hogar. Entré y pedí la novela de Daphne du Maurier. No la tenían, por su puesto, pero el empleado me aconsejó buscarla en una librería de viejo que acababan de abrir a dos cuadras de allí. Era una noticia casi asombrosa que hubieran abierto una librería de viejo en una ciudad tan desprovista de rincones gratos como aquella: le di las gracias, caminé las dos cuadras y llegué a El Caracol, que me pareció un nombre prometedor para una librería de viejo.

Tuve suerte, porque tenían la novela, aunque no por separado, sino incluida en un tomo de la obra completa de la autora. El dueño de la tienda, un hombre de unos sesenta años, canoso y sumamente móvil, me vendió el tomo en doscientos pesos (Morabito 2018, 39).

La presencia de la librería se repetirá de la misma forma que el poema de Freire, como imagen a intervalos hasta convertirse en el epicentro dramático. Por ejemplo, en otra circunstancia, el narrador anota:

No estaba lejos de El Caracol y decidí ir allá. Llegué sudando, porque el último tramo de la calle estaba en subida. Había sólo un cliente, hojeando un libro al fondo del local. El dueño, como de costumbre, se estaba movilizandando de un lado a otro y, cuando me vio, se acercó para preguntarme qué buscaba. Me había reconocido (Morabito 2018, 62).

En desconcertante e infortunada circunstancia, la librería se ve cercada por violenta escena donde perecen de mala manera algunos personajes y, con ello, el afligido librero decide bajar persianas. Perseguido por la delincuencia organizada que le extorsiona «Abigael Martínez cerró El Caracol y puso una librería en Querétaro» (Morabito 2018, 159). Los guiños que deja la presencia de la librería son reconfortantes y estrambóticos porque, por un lado, alivia la escena agobiante de una ciudad soporífera, perene y, por el otro, apertura al mundo cultural, aunque el final nos deje amarga herida y pasmosos retratos. Acá, lo que vemos es la librería de viejo como resquicio de conocimiento, frente a la comercial que parece enfocar sus miras a una clientela aligerada; la librería como lugar de memoria, pues el «Me había reconocido» provee de conciencia e identidad al cliente que es lector. La librería como reducto que salva de la violencia y de la estulticia, que se escurre del cazador y renace, cual fénix.

Tres. Dos ejemplos

Hasta ahora se han expuesto dos relatos que guiñan a una forma de tratamiento dada a las librerías desde/por la literatura. Son casos sueltos, pero no aislados, donde se le sugiere o presenta como parte indisociable de una sociedad moderna o aspiracional, pacífica o no, con miras de futuro y consciente de su presente histórico. En ese tenor se encuentran, al menos, otro par de obras que

3 Gerard Genet utiliza los términos *recit* e *historie* para designar momentos y niveles específicos en una obra literaria. Utiliza *recit* para el orden de los textos e *historie* para la secuencialidad.

han gozado de la buena crítica y la extensa recepción. La primera es la aventura policial que Lucas Corso lleva en busca de *El club Dumas*, escrita por Arturo Pérez-Reverte, donde los retratos, accidentes y enlaces, se realizan constantemente en alguna tienda de libros a lo largo de la novela. Aquí librerías, bibliotecas, libros y bibliófilos son el alimento de la narración. Un ejemplo de la fórmula descriptiva se presenta con el negocio de Replinger, un librero asmático «corpulento, de tez rojiza; una especie de Porthos con espeso mostacho gris y gruesa papada sobre el cuello de una camisa con corbata de punto. [que] Vestía ropa cara, con descuido: chaqueta inglesa deformada en torno a la excesiva cintura y pantalones de franela un poco caídos, llenos de arrugas» (Pérez-Reverte 2014, 237). Se trata de un viejo local de *Libres anciens, autographes et documents historiques* que en la entrada suena la campanilla:

al empujar la puerta. [allí] Había una mesa de roble, libros antiguos en las estanterías, bastidores con carpetas de grabados y una docena de viejos archivadores de madera. Cada uno tenía letras en orden alfabético, cuidadosamente caligráficas en sus casillas de latón. Sobre la pared, en un marco, un texto autógrafo y una leyenda: Fragmento de Tarufo, Molière. También tres buenos grabados: Dumas entre Victor Hugo y Flaubert (Pérez-Reverte 2014, 237).

La segunda referencia es *Una librería en Berlín* en la que Françoise Frenkel instala su comercio de libros galos en la capital alemana en los albores de la Segunda Guerra Mundial, la cual tendrá que abandonar con la escalada del conflicto. Aquí «La Maison du Libre» es más que un pretexto para exponer la historia de una sobreviviente, es el principio poético y el tono de la obra. La noche que la narradora debe renunciar a la tienda de libros para huir de la ciudad se instala el matiz sensible y alicaído que persistirá, como fantasma, hasta el desenlace. «Me quedé completamente sola con mi librería [dice]. La velé toda la noche, recordando nuestra vida en común, nuestra solidaridad nuestros años de esfuerzos y de luchas excitantes» (Frenkel 2017, 44). El pesar melancólico se ha instalado en la anécdota y el sentimiento de la protagonista es de duelo. En la vigilia, describe:

de repente oí una melodía infinitamente delicada... Procedía de las estanterías, de las vitrinas, de todas partes donde los libros vivían su misteriosa vida.

Y yo estaba allí, escuchándola...

Era la voz de los poetas, su fraternal consuelo a mi gran angustia. Habían oído la llamada de su amiga y se despedían de la pobre librera desposeída de su reino (Frenkel 2017, 45).

A pesar de que las inflexiones dramáticas difieren en *El club Dumas* y *Una librería en Berlín*, donde en uno es propósito de búsqueda y resguardo de tremendo secreto, y la otra es sitio de profundo enamoramiento y mayor posesión espiritual, el sentido narratológico no cambia. Acá las librerías son el impulso de las novelas; son la historia. Sin ellas el relato sería imposible, con diferencia en *Balzac y la joven costurera china* y *El lector a domicilio*, que aportan como guiño o lugar para una combinación desastrosa. Estamos frente a la librería como fuente y principio literario.

Literatura de librería

Los mercaderes y las tiendas de libros existen desde que hubo quien pudiera leer y exigiera la lectura. Los rastros histórico-filológicos se esparcen como migas de pan, volviéndose de a poco cada vez más profundos y antiguos. Irene Vallejo al adentrarse en la profundidad, en *El infinito en un junco*, habla de esos primeros comerciantes y sus solicitudes.

En el tránsito del siglo V al IV a.C., aparecen en escena por primera vez unos personajes hasta entonces desconocidos: los libreros. En esa época, la nueva palabra *bybliopólai* («vendedores de libros») asoma en los textos de los poetas cómicos atenienses. Según nos cuentan, en el mercado del ágora se instalaban tenderetes de venta de rollos literarios entre puestos que ofrecían verdura, ajo, incienso y perfumes. Por un dracma, dice Sócrates en un diálogo de Platón, cualquiera puede comprar un tratado de filosofía en el mercadillo. Sorprende que existiera ya una disponibilidad tan fácil de libros y, más aún, de obras filosóficas difíciles. A juzgar por su reducido precio, seguramente se tratará de copias en formato pequeño o de segunda mano (Vallejo 2019, 141).

La imagen presenta a las librerías, cualquiera que pudiera ser su forma y concepción, como longevas acompañantes de la humanidad, formando parte de la escena social como retrato de la *civita* y lugar de consumo. Este concepto, consumo, es el que en un discurso pareciera excluirse. Ronda en el subconsciente que comercio y cultura se rechazan, que van por vías distantes; que uno es para todos, es innoble y está a la vista, que la otra es para los elegidos, es esotérica y goza de nobles privilegios. Es una lectura romantizada que no considera el panorama histórico, vale recordar que:

El comercio del libro parte y se aparta de los monasterios; crece en la revolución comercial y prefigura la industria (el libro es una de las primeras manufacturas que se abaratan estandarizándose); favorece la revelación independiente por la que aboga el protestantismo (que abomina la venta de indulgencias, pero vende la biblia hasta convertirla en un *bestseller*) y también la revolución francesa (que nace vendiendo enciclopedias) (Zaid 1986, 13).

Sucede en ese punto un principio a establecer: que comercio es conversación y que mercancía no siempre es tasable (Zaid 1986, 13); que el libro es bien y objeto de consumo, pero que su oferta es superada por lo intrínseco y que su médula es inmedible en estándares económicos. Esta circunstancia filosófica, ideológica, filológica e histórica encaja con los relatos antes expuestos de modo singular. En las novelas brevemente comentadas vemos la fijación de la librería y/o el librero como punto narrativo, pretexto literario o guiño cultural. Esto puede leerse como una forma publicitaria que, de a poco, toma mayor interés en lectores y en las utilidades editoriales. La librería como tema literario y como bien de consumo. Ahora, pues, se mira a las tiendas de libros como cajas de historias que, de paso, invitan al consumo. Gabriel Zaid, en *Adivinos o libreros*, es puntual al señalar la gratuidad pública que dan los libros que: «son tan baratos que pueden publicarse sin anuncios para unos cuantos miles de interesados, a diferencia de la prensa, la radio, la televisión» (Zaid 1986, 14). Estamos en una posición ventajosa de la literatura que habla de librerías, pues, si todo comercio es conversación, luego los libros de librerías sólo buscan conversar. Lo que continúa son dos temas de interés para futuros estudios: el estudio de catálogos comerciales con preferencias en el tema y establecer el enfoque y tratamiento de la librería como motor literario.

Un último apunte. Esta forma escritural apela, por principio, a un lector que ha caído en *El vicio de la lectura*. Corrupción que, como dice Edith Wharton, es durísima de extirpar, porque la lectura «se considera popularmente una virtud» (Wharton 2017, 17) y porque los libros tienen el valor plástico de «ser todas las cosas para todos los hombres, de ser modelados diversamente por el impacto de formas nuevas de pensamiento» (Wharton 2017, 20). La literatura de librerías tiene una doble «mala virtud», porque no sólo apela al lector cooptado, al parroquiano del bar, también busca expandirse, ampliar su difusión para propiciar «cambios de espiritualidad» (Moll 2013) y decirle a su consumidor, ahora fiel adepto, que en esos lugares, las librerías, habita un universo colmado de sensualidad, seducción filosófica e imaginación. ■

EDGAR ADOLFO GARCÍA ENCINAS

Universidad Autónoma de Zacatecas

REFERENCIAS

- Frenkel, Françoise. 2017. *Una librería en Berlín*. Traducción de Adolfo García Ortega, Seix Barral, España.
- Genet, Gerard. 1970. «Fronteras del relato» en *Roland Barthes y otros. Análisis estructural del relato. Tiempo Contemporáneo*, Buenos Aires, pp. 133-150.
- Moll, Jaime. 1990. «Aproximaciones a la sociología de la edición literaria» en *La edición de textos. Actas del i Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*. Editadas por Pablo Jauralde, Dolores Noguera y Alfonso Rey, Tamesis Book Limited, London, pp. 61-68.
- Moll, Jaime. 2013. «Libros para todos» en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, Alicante. Consulta digital en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/libros-para-todos/>, julio de 2021.
- Morabito, Fabio. 2018. *El lector a domicilio*. Sexto Piso, México.
- Pérez-Reverte, Arturo. 2014. *El Club Dumas*. Punto de lectura, México.
- Sijie, Dai. 2000. *Balzac y la joven costurera china*. Traducción de francés Manuel Serrat Crespo, Salamandra, España.
- Vallejo, Irene. 2019. *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*. Siruela, España.
- Wharton, Edith. 2017. *El vicio de la lectura*. Traducción de Abel Vidal, Centellas, España.
- Zaid, Gabriel. 1986. *Adivinos o libreros*. Colección Amigos de la Librería del Prado, México, junio.